

Breves recuerdos suscitados por la publicación de los Índices de la revista ARQUITECTURA

Luis Moya

La publicación de los índices de la revista trae a la actualidad la historia de nuestra arquitectura tal como se reflejaba en ella, bastante fielmente, durante los muchos años transcurridos desde finales de los años veinte. Quien escribe estas líneas tuvo en aquel tiempo su primera relación con la revista, y desde entonces no la ha perdido nunca del todo; por ello, puede ofrecer una visión de conjunto, aunque algo nebulosa a veces, de lo que ha sido su trayectoria.

Se caracterizaba en aquella etapa por su abierto eclecticismo: aparecían en sus páginas obras de arquitectos españoles de cualquier tendencia, concursos, noticias de cuanto acontecía en la arquitectura del extranjero y sobre el arte en general, artículos técnicos, críticas y teorías. Todo ello se repartía en el reducido espacio de las páginas de aquella revista, órgano de la Sociedad Central de Arquitectos; los escasos medios no permitían números tan extensos como los posteriores, cuando pasó a ser órgano del Colegio Oficial, que fue creado al tiempo de esta primera etapa.

Era entonces su director, el inteligentísimo escritor, crítico, poeta y pintor surrealista en ocasiones, José Moreno Villa. Muy ligado al grupo de la Residencia de Estudiantes (Dalí, Buñuel, García Lorca y otros de más edad como el historiador de arte don Ricardo de Orueta), supo organizar con gracia y amenidad el disperso material antes aludido, como era de esperar dado el carácter poco inclinado a dogmatismos de aquellos residentes.

Esta etapa termina en 1936; pasada la guerra, se reanuda más tarde la publicación como dependiente de la Dirección General de Arquitectura y de su primer titular, don Pedro Muguruza, tan recordado como arquitecto y como compañero; con él empieza la larga y fecunda etapa de Carlos de Miguel como director. La revista pasa después al Colegio Oficial de Arquitectos, y con esta nueva situación se suscita el problema de cómo debe ser el carácter de la publicación.

Se discuten diferentes opciones, o más bien cuál será la predominante sin excluir a las demás. Es de advertir que cualquiera de las que entraban en la discusión ya había sido practicada, aunque sólo fuera esporádicamente, en la etapa anterior a 1936, pero ahora se trataba de organizar el contenido de cada número con criterios claros y uniformes, en lo posible.

En consecuencia, a lo largo de los años se discute la posible preferencia de los siguientes aspectos de la revista:

- Exposición de obras hechas o proyectadas en España; es decir, la expresión de nuestra actividad.
- Información sobre concursos en España, y a ser posible en el extranjero.
- Noticias de la arquitectura internacional, sus tendencias y sus obras.

En todo ello se incluía el urbanismo con tanta importancia

como la edificación. Menos peso habían de tener en la revista, pero sin excluirlos de ningún número, los siguientes temas:

- Los movimientos artísticos en general que acontecían en España y en el extranjero.
- La crítica de arte, excluyendo en ella la arquitectura española como tema difícil, dado nuestro carácter puntilloso; pero ésta se sustituyó con ventaja publicando las Sesiones de Crítica, admirable invención de Carlos de Miguel. De todos modos, hubo algo de crítica, ejercida con gran tino por Ramírez de Lucas.
- La teoría del arte, que adquirió gran altura durante la época en que colaboró el filósofo (y musicólogo) Alfonso López Quintás.

Además, se incluyeron algunas veces artículos técnicos, pero se vio que éstos tenían su sitio más adecuado en la revista "Informes de la Construcción" del Instituto Torroja.

Circunstancias análogas hicieron que no estuviese apenas representada la importante obra de la Dirección General de Regiones Devastadas, pues este organismo contaba con su propia revista.

El resultado de las largas discusiones antes aludidas fue la continuación del eclecticismo abierto que había caracterizado siempre la revista, sin embargo, los resultados no parecían reflejarlo algunas veces, y de este defecto éramos culpables nosotros mismos, los arquitectos en general.

En efecto, el que esto escribe pudo observar la tenaz lucha que había de sostener Carlos de Miguel para conseguir, a tiempo, los originales para cada número, y esto año tras año. La consecuencia era que no se publicaba siempre lo que se quería, sino lo que enviaban buenamente algunos de los compañeros requeridos.

Tampoco éstos resolvían del todo el problema, pues muchas veces los planos enviados eran tan grandes y complicados que no podían reducirse para su publicación; en realidad, eran los planos que habían servido para la obra, con las cotas y detalles necesarios, pero eran imposibles para convertirse en un fotograbado adecuado al tamaño de las páginas de la revista. Pedir a los compañeros que hiciesen especialmente planos adecuados para su publicación era impracticable en general; recuerdo como poco frecuentes algunos claros y expresivos planos enviados directamente por Miguel Fisac y Alejandro de la Sota, sin haberles pedido que los hiciesen a propósito para la revista. Claro es que tal inconveniente se hubiese evitado si ésta tuviese un equipo de delineantes especializados en la traducción de los planos originales a otros aptos para ser entendidos en su publicación a escala reducida, pero las circunstancias económicas impedían esta solución que es habitual en otras revistas.

Estas ligeras notas sobre las etapas anteriores deben terminar aquí, pues las recientes y la actual están a la vista de todos.

Sólo cabe añadir algo sobre la relación de la revista con los estilos que se han sucedido desde los “felices años veinte” en que se inician estas notas. En aquellos tiempos se informaba con ilusión sobre lo nuevo que estaba empezando, sobre la “arquitectura moderna” que se había iniciado en la Europa central (la alemana era objeto de mucha atención) y que ya se practicaba en España; la obra de Mercadal, Arniches y Domínguez suscitaba especial interés. Claro que el mayor espacio se dedicaba a los estilos usuales, pues éstos proporcionaban temas para la revista más abundantes y de gran interés, como eran los de Zuazo, por ejemplo.

En la primera época después de la guerra se publicó, como es natural, lo que se hacía en España, que era continuación de los anteriores estilos más o menos tradicionales; en lo monumental se seguía el camino iniciado por Zuazo en los Nuevos Ministerios, o sea, la nueva imagen de El Escorial (por desgracia, la obra quedó trunca, y con ella se perdió su verdadera intención).

Pocas noticias de lo que se hacía en el extranjero se podían

publicar, pues lo que importaba allí era la guerra. Terminada ésta, y reanudada la actividad arquitectónica internacional en “estilo moderno”, empezaron a llegar las realizaciones de éste en forma de imágenes al principio, y desde fines de los años cuarenta, y sobre todo en los cincuenta, como publicación de lo que se hacía en España. El nuevo estilo se imponía con fuerza en la realidad del mundo de la construcción y en su publicación por la revista.

Cabe finalmente preguntarse si hubo alguna premonición de lo postmoderno en las páginas ya antiguas de ésta en aquel tiempo. Algunas aparecieron, y muy ajenas a lo italiano y lo norteamericano: basta recordar el poblado andaluz de Alejandro de la Sota como adivinación del futuro, y el de Vegaviana de Fernández del Amo, igualmente previsor dentro de una mayor conexión con lo moderno entonces vigente.

El eclecticismo y la falta de dogmatismo que han regido casi siempre, por fortuna, la publicación de la revista, han hecho posible que no estando casi nunca demasiado a la moda conserve su valor de testimonio duradero de lo que ha sido nuestra arquitectura a lo largo de tantos años.

L. M.

